

confianza, porque no explicó nada más. Esto pasaba el 10 de diciembre de 1884, a las 10 de la mañana. El 28 de febrero de 1885, se decretó la Unión Centroamericana, y hubo un inusitado júbilo. Cuando llegué a felicitar al General Barrios, me dijo: «Ahora ya no habrá Senado que ratifique aquel convenio del Canal. Centro América unida verá lo que le convenga...»

Entonces comprendí que la idea que había concebido al decirme, pocos días antes: «¡Eso no sucederá!», era la idea de la Unión de Centro América. No fueron, pues, móviles de interés personal, ni de ambición de mando los que tuvo el General Barrios. Fué un pensamiento patriótico; quiso evitar la desmembración del suelo de la patria y eximir a Guatemala de verse amenazada por la alianza ofensiva de Nicaragua con los Estados Unidos.

Pasaron los años, olvidóse el tratado Frelinghuisen-Zavala, y vino recientemente a aparecer el tratado Bryan-Chamorro, que es casi el mismo en sus alcances y estipulaciones. Excuso comentar los males que ha causado en la política de Nicaragua y sólo recuerdo que el sabio Valle—cuando se trataba del canal interoceánico, allá en el Congreso de las Provincias Unidas del Centro de América, en el año de 1823—profetizó que ese asunto acarrearía al país grandes dificultades, si no se manejaba con sagacidad, prudencia y sabiduría.

ANTONIO BATRES JAUREGUI

La estrella de Ginebra

(De *La Libertad*, Madrid.)

HERRIOT y MacDonald —dicen los periódicos de París— han sido saludados en Ginebra como los fundadores de un orden nuevo. Afírmase la esperanza de que un nuevo orden de cosas va a establecerse en el mundo. Y no lo olvidemos. Tras varios años de Gobierno, las derechas europeas fracasaron desastrosamente en la obra indispensable de reparar los inmensos estragos de la última guerra y asentar sobre bases sólidas la paz duradera y la civilización del porvenir. Son las izquierdas de Inglaterra y de Francia, los socialistas, los radicales— illos socialistas!... illos radicales!... ¡Oído bien, sesudos varones conservadores que los desdafiábais por *utopistas* o los perseguíais como *revolucionarios!*...—son ellos los que ahora, al frente de los dos grandes Estados democráticos, demuestran que, no sólo saben mantener el orden, sino crear el orden nuevo que haga salir a la Humanidad de entre las ruinas. Recordemos al viejo Proudhon... «¡La creación del orden!...»

¿Qué va a salir de esta Asamblea de la Sociedad de Naciones? Por de pronto, cualquiera que sea el resultado, alabemos los métodos. Comparemos la rígida política de Poincaré, apoyado por la extinguida Cámara nacionalista, repudiando las Conferencias internacionales públicas y defendiendo la necesidad de volver a los usos tradicionales de la vieja diplomacia, con ese Parlamento de Naciones reunido en Ginebra, donde los primeros ministros de las grandes potencias debaten los problemas del desarme ante los taquígrafos de la Prensa mundial y el aparato de la radiotelefonía.

¿Se llegará al desarme de los Estados? No hay que forjarse excesivas ilusiones. Pocos países se avendrán, hoy por hoy, a seguir el ejemplo del Gobierno socialista de Dinamarca, que propone al Parlamento la supresión completa de todo su Ejército de mar y tierra, dejando sólo unos miles de policías para guardar el orden público. No todas las fronteras podrían quedar, de golpe, como

la frontera entre los Estados Unidos y el Canadá, inmensa linde jurídica que no defiende ni una sola fortificación, ni un solo centinela...

Eso sería por ahora un sueño. Y sólo se debe soñar cuando se sabe que se sueña. Sabiendo que soñamos, según Renan aconsejaba, parece que si se reúnen los representantes de las naciones, como en estos momentos ocurre, y todos, sin excepción, dicen que desean la paz, y afirman, sin excepción, todos, que les agobia lo excesivo de sus actuales armamentos, no sería absurdo imaginar que acabasen por ponerse de acuerdo, cual seres dotados de razón, para llegar a un desarme general y someter en lo futuro sus discrepancias a un fallo menos ciego, costoso y sangriento que la suerte de la guerra. ¿Es ello absurdo? ¿No fué absurda, por el contrario, la guerra europea, en la que millones de hombres murieron, sin que el mundo haya visto aún el fruto de este colosal sacrificio, ya que, si no murieron precisamente para que el derecho sustituyera a la fuerza en la vida internacional, entonces la última guerra careció de valor universal y de sentido histórico?

Pero no soñemos. Sobre el terreno de la realidad, paso a paso, los hombres de Ginebra, espiritualmente acaudillados por MacDonald, el laborista, y por Herriot, el radical-socialista, tratan de conseguir la reducción general de los armamentos y las garantías de una seguridad pacífica para los pueblos.

La tarea es difícil. Todos juran que no serán jamás agresores. Todos sostienen que pueden ser mañana agredidos. ¿Quién disminuirá el primero sus pertrechos bélicos, sus medios de defensa? Se habría dado un gran paso para el porvenir, así lo ha comprendido Ramsay MacDonald, si se determinase de un modo inequívoco para cada posible conflicto internacional, quién es el agredido y quién es el agresor. Se ha pensado en convertir cada frontera en una zona o faja de terreno neutral, considerándose agresor el que primero la invadiera. Se ha propuesto después instituir el arbitraje obligatorio, siendo agresor entonces el que no acepte el fallo del Tribunal internacional de Derecho. En cualquier caso, el agresor concitaría contra sí, por de pronto, la hostilidad moral del mundo entero; quizás mañana, la coacción material eficaz de una Sociedad de Naciones.

Sí. De todas suertes, la tarea es difícil. Pero la luz se va haciendo poco a poco, y viene ahora de esa ciudad de Ginebra, donde tienen una secular tradición la idealidad ética y la libertad política. Recordaba Jaurés en una página inmortal la descripción clásica de la caída de Troya. Mientras en el palacio de Príamo, entre sangrientos escombros, se escuchan los gritos de horror y los desesperados lamentos de los heridos que agonizan, hasta en las mismas gradas de los altares domésticos, allá arriba, a través de las derruidas techumbres, brillan, serenas, las estrellas de oro... Siempre una estrella ideal se ha levantado sobre las tragedias humanas, anunciando la paz a los hombres de buena voluntad. Hoy, sobre las ruinas de media Europa, es en Ginebra donde la estrella de oro resplandece...

LUIS DE ZULUETA

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie » 2.50

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.